

# **LA GUERRA CIVIL EN EL PAIS VASCO: LA SUBLEVACION EN ALAVA(\*)**

**Javier Ugarte y Antonio Rivera**  
**Universidad del País Vasco**  
**Euskal Herriko Unibertsitatea**

(\*) El presente trabajo fue pensado y escrito a petición del diario bilbaíno *Deia* para su publicación, junto con otros, en una colección de artículos sobre la guerra civil en el País Vasco. Por razones que aún no nos han sido suficientemente aclaradas (pero relacionadas, en todo caso, con la línea editorial de dicho diario), se suspendió en su día la aparición del mismo. De ahí que, dada la función divulgadora que inicialmente tenían estas páginas, se prescindiera de todo el aparato de notas, referencias de fuentes, etc. Para esta publicación no hemos considerado necesaria su modificación, por lo que nos hemos limitado a mejorar el texto e incluir una breve bibliografía referida a la guerra civil en territorio alavés.

Decir que la guerra civil española es también, en nuestro escenario particular, una guerra entre vascos, no es nada novedoso. Y sin embargo, es necesario comenzar constatando este elemento evidente para poder introducir una exposición de los hechos y motivos que en este instante se desarrollan en uno de los territorios vascos adscritos desde un principio a la causa de los sublevados.

Si bien la dinámica de los hechos en Alava no auguraba grandes conflictos, una vez producido el golpe, era lógico suponer que esta provincia iba a incorporarse a aquél sin grandes dificultades. De mayoría rural (casi el 50 % de la población activa), con un sistema de pequeña y mediana propiedad campesina, concentraba la casi totalidad de su mundo moderno en la capital, Vitoria, de manera que desde hacía décadas, la realidad y el desarrollo de una y otra no corrían parejas. Mientras Alava representa, a todos los niveles, lo tradicional y conservador, Vitoria, que va captando población a costa de la provincia (casi el 40 % de los alaveses viven en la ciudad) y acapara la casi totalidad de la industria y los servicios, supone el único espacio de modernidad que puede contemplarse en este territorio.

A la mayoría socioeconómica que en Alava detenta el mundo tradicional, se corresponde otra mayoría de conservadurismo político en la provincia, más matizada en la capital. Desde hace décadas, y en concreto, durante la República, las fuerzas conservadoras ostentan la hegemonía política en Alava. En el último período, *Hermanidad Alavesa*, un grupo creado bajo los auspicios del gran director de la derecha dura provincial en este momento, José Luis Oriol, y homologable al carlismo, triunfa en todas las elecciones a diputados a Cortes. Por detrás de esta fuerza queda la coalición republicano-socialista que limita sus efectivos a la capital y a algunos núcleos de la Rioja. Otras fuerzas conservadoras, PNV y, en el momento final, CEDA, completan el escenario político alavés donde, a pesar de un reparto de actas de diputados igual para derecha e izquierda (uno cada opción en dos de las tres contiendas electorales), este espectro conservador es el que arranca tres de cada cuatro votos de los alaveses.

Otra característica de la sociedad alavesa, en consonancia con lo dicho hasta ahora, es su bajo nivel de conflictividad. En el terreno social, limitado a Vitoria, si bien en los últimos meses previos al golpe militar ha aumentado el número de huelgas, incluso llegando a una general (y pacífica), no podemos hablar de crispación social

o de crisis en el terreno local. Desde un punto de vista más amplio, tampoco podemos considerar que momentos puntuales de tensión (expulsión del obispo Múgica, participación de la Rioja en la intentona revolucionaria de 1933,...) hayan podido poner en cuestión la general calma que caracteriza la vida provincial. Aún más, podemos hablar de una sociedad no sólo no conflictiva, sino incluso, integrada, cohesionada, lo que permite una relación más o menos apacible entre la mayoría de sus miembros.

Esta conjunción de elementos que anticipaba la incorporación de Alava al bando sublevado, se hace aún más contundente al considerar la numerosa guarnición militar que alberga Vitoria, donde hay cuarteles correspondientes a todas las armas y servicios, y donde, lógicamente, la trama golpista está montada desde hace tiempo y piensa asegurarse su éxito con esta importante fuerza armada.

## **La sublevación triunfa en Alava**

Puede decirse que las actividades conspirativas contra la República, también en Alava, habían comenzado con el propio nacimiento de este régimen en 1931. En la organización y entrenamiento de las partidas paramilitares carlistas (Requeté), en el frustrado golpe militar de Sanjurjo en agosto de 1932, y en todo tipo de iniciativas contra el régimen republicano, habían participado como protagonistas destacados alaveses. Desde finales de 1935 esta actividad se intensifica, y así, en agosto de ese año se intercepta un envío de uniformes militares de estética fascista. Tras las elecciones de febrero del 36 la actuación de carlistas y falangistas se acentúa, llegándose en la provincia a una auténtica unidad de acción entre estos dos grupos. El 4 de junio, José Luis Oriol se entrevista con Mola, el «Director» de la sublevación en el norte, al que comunica el apoyo del carlismo alavés al alzamiento militar y le pone en relación con el jefe de los tradicionalistas, Manuel Fal Conde. El mismo Oriol había puesto a disposición de los sublevados un cuarto de millón de pesetas, que se añadirían a las más de ciento veinte mil que los conspiradores tenían recaudadas en la provincia para la compra de armas desde meses antes. Para cerrar definitivamente la operación de apoyo del carlismo alavés a la conjura de los militares, el 9 de julio Oriol se entrevista con el jefe de la conspiración en la provincia, el teniente coronel de infantería, Camilo Alonso Vega. El día 15 Oriol tiene concretadas las órdenes provenientes de Pamplona, y el presidente de la Junta Carlista de Alava, Eustaquio Echave-Sustaeta, se desplaza a esta ciudad para recibir las últimas directrices y la confirmación de que el 17 de ese mes se iniciaba el movimiento militar en Africa, al que seguirían las guarniciones de la península. De vuelta a Vitoria, éste prepara con el jefe del Requeté alavés, el comandante Luis Rabanera, las órdenes del alzamiento, y se diseña el plan a seguir por parte de los carlistas de la provincia. Se incorporan así éstos a la conjura sin otra concreción de fines que el lema «Por Dios y por España», discrepando de ese modo, junto con el carlismo navarro, de la dirección de San Juan de Luz (Fal Conde) que trató hasta el último momento de poner condiciones a Mola.

Los rumores de la calle el mismo 17 de julio se hacen eco de estos hechos. Intentando poner freno a tiempo a estos rumores, el gobernador civil, Navarro Vives,

informa en el mediodía del día 18 de que la normalidad es completa en la provincia. Las tropas, mientras tanto, permanecen acuarteladas. Los partidos integrantes del Frente Popular, así como aquellas fuerzas ajenas a éste pero opuestas también a la amenaza del golpe, se dirigen al gobernador solicitando la entrega de armas a los civiles. El gobernador se niega a ello y el Frente Popular se limita a convocar para el día siguiente una manifestación.

En la madrugada del día 19 se detiene a dos ciclistas que traen las órdenes finales desde Estella para Alonso Vega. Esto precipita los acontecimientos en los despachos oficiales. El gobernador civil, con órdenes directas del ministro de guerra, llama al gobernador militar, García Benítez, para que detenga a Alonso Vega. La indecisión inicial de García Benítez lleva a éste a conferenciar con los jefes de los regimientos locales, quienes al confirmarle su apoyo a la sublevación hacen que se incorpore también a la misma y que no proceda a la detención de Alonso Vega. Enterado de ello el gobernador civil, intenta lograr el apoyo de la guardia civil y de la de asalto, pero al serle negado éste y tras haber valorado con el comité del Frente Popular las fuerzas que tenían, decide la rendición, que comunica al gobernador militar, al que entrega el mando de la provincia a la vez que sale hacia Bilbao. Una hora después de estos hechos, a las siete de la mañana del día 19, Alonso Vega proclama el estado de guerra y asume los poderes civil y militar poniendo las tropas en la calle. A la vez, comienzan a incorporarse los numerosos voluntarios carlistas y, en menor medida, falangistas, ante los locales de *Hermandad Alavesa*, llegando en un primer momento a 1.350 el contingente de éstos.

La reacción de los partidos y sindicatos de la izquierda consiste en convocar una huelga general a partir del lunes 20 que durará hasta el día 23, siendo abortada ésta con la orden de disparar sin previo aviso, la detención de afiliados de diversos grupos, y el despido de aquellos empleados que mantuvieran el paro.

De este modo, los sublevados controlan rápidamente la situación en la capital, ocupando los militares todo el mando sin permitir que las fuerzas civiles —carlistas, principalmente— que participan en el alzamiento, se hagan cargo de ningún resorte de poder. El mismo día 19 se inicia el paso de significados republicanos hacia la zona leal al gobierno, huyendo de la previsible represión.

## Los sublevados controlan la provincia

Tras el triunfo del golpe militar en Alava y su fracaso a nivel general, a los sublevados de Vitoria, que no entraban inicialmente en los planes ofensivos de Mola sobre Madrid, se les impone la tarea de consolidar sus posiciones en el interior y hacer frente a posibles ofensivas que vinieran desde el norte, donde las fuerzas gubernamentales han conseguido neutralizar las guarniciones de Bilbao y, en menor medida, San Sebastián; subsidiariamente, reforzar la columna de García Escámez que marcha sobre Madrid. En definitiva, proteger la retaguardia norte de los sublevados y actuar como fuerza de reserva.

Para este cometido contaba Vitoria con un número importante de tropa acuartelada —Batallón de Infantería de Montaña «Flandes 6», y los regimientos de

Caballería «Numancia 6» y de Artillería de Montaña 2— además de las fuerzas de la guardia civil y de asalto que habían sido concentradas en la capital. A éstos se unía una importante fuerza voluntaria que los carlistas, principalmente, habían venido organizando en los últimos meses y que tan eficaces fueron los primeros días para desanimar cualquier intento de resistencia a la asonada. En Alava se puede hablar de un importante y activo apoyo popular a la revuelta. Esta fuerza se traslada a la capital en coches de la *Hermandad Alavesa* y camiones de la guardia de asalto desde los pueblos de la provincia, sobre todo desde la Rioja Alavesa. Aquí son armados y encuadrados en unidades de milicias civiles de manera un tanto improvisada. Su preparación no era muy buena, aunque habían recibido cierta instrucción meses antes, pero su valor militar era indudable: con una guarnición tibia, como la de Vitoria, su apoyo incondicional les facultaba para ser empleados en cualquier frente de combate.

En la Rioja Alavesa se organizan también algunas partidas del Requeté que consiguen neutralizar a núcleos anarquistas y republicanos de la zona, y enfrentarse con éxito el mismo día 19 a pequeñas fuerzas leales que desde Miranda trataban de aproximarse a Vitoria. Una de estas partidas organizada en Valdegovía y armada desde Vitoria, con el apoyo de la guardia civil de Miranda, corta la carretera y la comunicación telefónica y telegráfica de Bilbao hacia Madrid, ocupando el 24 de julio la Peña Orduña, siendo posteriormente reforzada desde Vitoria con algunos números de la guardia civil y una pequeña compañía del Requeté.

En el norte de la provincia las cosas marchan mal para los sublevados. Tras el fracaso del golpe en Llodio por la activa oposición del PNV y el decidido apoyo de la guardia civil, los republicanos toman posiciones en todo el valle de Ayala hasta Unzá e Izarra. En la frontera con Guipúzcoa, Aramayona y Villarreal quedan también del lado republicano en estos primeros días.

Por su parte, Vitoria ocupa un punto crucial en la estrategia de Mola para el norte: su pérdida podía amenazar la ruta Navarra-Madrid, esencial en los planes del «Director» para aprovisionar el frente madrileño sobre el que se desarrolla el principal esfuerzo ofensivo de los sublevados. Cuenta además con un importante depósito de fusiles, munición y material de guerra que podía inclinar la balanza de uno u otro bando en estos inciertos primeros días. Estas consideraciones y otras de carácter político y sentimental indujeron a los republicanos de Bilbao y San Sebastián a marchar sobre la otra capital vasca.

La madrugada del 19 al 20 de julio sale de Bilbao una columna compuesta fundamentalmente por milicianos a las órdenes del teniente coronel Vidal, que siguen la ruta de Ubidea para caer sobre Villarreal. Al día siguiente sale de San Sebastián otra columna, también de mayoría miliciana, dejando en la capital donostiarra una situación incierta. Los propósitos de esta columna son concentrarse en Mondragón donde se les unirían fuerzas procedentes de Eibar que les proveerían de armas. Desde allí marcharían sobre Vitoria. Sin responder a un plan conjunto, ambas ofensivas marchan coordinadas.

Los alzados en Vitoria habían avanzado el día 20 una columna hasta Villarreal, pero el 21 se retiraban dejando en el pueblo una guarnición de unos pocos guardias civiles. Ese mismo día la columna de Bilbao sorprende al destacamento de Villarreal

que había avanzado hasta el puerto de Cruceta ante las noticias de movimientos de tropas en Mondragón. La situación es inmejorable para penetrar hacia Vitoria, pero la columna donostiarra tiene que volver ese mismo día a San Sebastián para hacer frente a la sublevación dirigida por el teniente coronel Vallespín. De esta manera se ve mermada la capacidad ofensiva de las columnas republicanas. En paralelo, desde Vitoria se organiza la contraofensiva. Los días 21 y, sobre todo, el 22, Mola envía la aviación para atacar la retaguardia republicana bombardeando Ochandiano. Inauguraba así la que sería apabullante supremacía aérea de los sublevados, y el ataque de ésta a las poblaciones civiles. Esos mismos días llegaban a la capital alavesa fuerzas del Requeté navarro. El 24 sale una importante columna desde Vitoria a las órdenes del teniente coronel Alvarez, cuya base son tropas regulares, y dos compañías del Requeté bien equipadas con artillería. El 26 sale otra columna a las órdenes de Alonso Vega.

Tras el choque armado, favorable a los sublevados, queda consolidado el frente norte de la provincia, hasta diciembre, en una línea que une el puerto de Arlabán con la Peña Orduña cortando la entrada al valle de Ayala. Punto clave en este frente será el nudo de caminos de Villarreal que une Bilbao con Vitoria.

Además de consolidar el frente en el norte, desde Vitoria se envían fuerzas de refresco a la columna de García Escámez que trata de alcanzar Madrid. Esta tarea corresponderá mayoritariamente a las fuerzas de milicianos. Así, el domingo 26 de julio sale de la estación del Norte la primera expedición compuesta por tres compañías de requetés (origen de lo que será el Tercio de Estíbaliz) y algunos falangistas (núcleo de la futura Iª Centuria de FE de Alava).

Pero no todos los voluntarios de la primera hora marcharán al frente. Con aquellos que por su edad o su trabajo no pueden hacerlo se constituirá el Requeté Auxiliar a las órdenes de Cesáreo Casi. Este cuerpo paramilitar carlista realizará importantes tareas de policía en la retaguardia, tanto en la represión como en la organización de la vigilancia. Mientras tanto, los militares, recelosos del poder de los carlistas en la zona, organizan en colaboración con el alcalde de Vitoria las Milicias Ciudadanas, con funciones similares al Requeté Auxiliar pero con expresa definición de apoliticismo. Desde Vitoria se extenderá este cuerpo a otros pueblos de Alava.

## Los nuevos poderes

Con la provincia bajo control de los sublevados, es preciso pasar del momento específico del golpe de mano a una recuperación de la «normalidad» recreando una nueva legitimidad en la que los poderes *de facto* designen a los nuevos mandatarios. Los nuevos nombramientos, que recaerán en personas de probada fidelidad para los alzados, representarán en alguna medida el espectro político y social que sustenta el golpe y que se va a beneficiar en última instancia de éste.

Los primeros nombramientos corresponden a los cuatro puestos clave en la política de la provincia: el gobierno civil y militar, la presidencia de la Diputación y la alcaldía de la capital. Para ocupar estas plazas se designa a tres militares y a

un civil. El gobierno militar sigue a cargo del general García Benítez. Para el gobierno civil, que inicialmente ha ocupado José M.<sup>a</sup> Elizagárate, un destacado dirigente carlista, se señala al general Gil Yuste, un personaje importante que acabará formando parte de las dos juntas centrales preestatales que organicen los sublevados: la de Defensa Nacional y luego la Técnica del Estado. Gil Yuste había estado ya complicado en el golpe militar de Primo de Rivera, había pasado a la reserva durante la República, y había sido encarcelado por el gobierno Lerroux a consecuencia de unos artículos periodísticos en donde hacía una defensa de la anterior enseña monárquica. La presidencia de la Diputación se encarga a otro militar, el coronel Cándido Fernández Ichaso, quien en breve se hará cargo también del gobierno civil al llamarse a Yuste a la Junta de Defensa Nacional. Ichaso había estado complicado directamente en el golpe de estado frustrado encabezado por el general Sanjurjo en el primer bienio republicano. Por este motivo fue detenido y deportado. Para terminar con esta primera jerarquía, la alcaldía de la capital es ocupada la misma tarde del 19 de julio por Rafael Santaolalla, *católico independiente*, antiguo militar, presidente y fundador de la Federación Patronal Alavesa y candidato por la derecha en las elecciones municipales previstas para abril de 1936 que no se llegaron a celebrar. Como se puede observar, en todos los casos se trata de militares en activo o, retirados, complicados algunos de ellos en labores de oposición a la República y políticamente derechistas. La presencia del presidente de la patronal alavesa en esta lista de autoridades deja claro qué sector social es uno de los primeros implicados y beneficiados en y con el golpe militar.

Para poner en marcha las corporaciones municipales y la provincial, será precisa la incorporación de civiles. Previamente se procede a la destitución de los diputados provinciales y de todos aquellos ayuntamientos que cuentan con concejales de partidos no adictos a la nueva situación. Este es un elemento diferenciador de Alava con respecto a una provincia con la que tiene un gran paralelismo: Navarra. Mientras en este territorio, controladas sus instituciones durante la República por los carlistas, se han respetado en sus cargos a los miembros de la Diputación y a la mayoría de concejales de los municipios, en Alava, aún predominando la derecha, las instituciones de peso como la corporación provincial y el Ayuntamiento de Vitoria, y algunos otros municipios de la zona norte (Villarreal y otros) son depurados y sustituidos sus miembros por personas de confianza en el momento inmediato al golpe.

La Diputación alavesa se deja en manos de un grupo de ciudadanos que proceden sin excepción de la derecha provincial. Destacan en la misma algunos carlistas de significado peso (Echave-Sustaeta) que cumplen una función directiva, bajo la tutela militar, sobre el resto de designados donde se prodiga esa figura abundante en Alava, el *católico independiente* (Serafín Ajuria, Victoriano Odriozola), en éste y otros casos, muy vinculados personalmente a la actividad empresarial. Su condición de *independientes* no les ha impedido en su mayoría formar parte durante la dictadura de Primo de Rivera de aquella especie de partido del dictador llamada Unión Patriótica, grupo del que proceden una buena cantidad de los nuevos gobernantes, y donde muchos han adquirido alguna experiencia política y de gestión. También ha de destacarse en la composición de esta corporación provincial la presencia excep-

cional y pasajera —pronto será sustituido por otro dirigente carlista— del jefe tradicional del conservadurismo dinástico local, y presidente ahora del partido Renovación Española, Guillermo Elío. Su corta estancia en el cargo será la excepción a la norma seguida en Alava por los defensores de la nueva situación de no designar en un primer momento para puestos de cierta importancia a antiguos afiliados de los partidos derechistas Renovación Española y CEDA.

El Ayuntamiento de Vitoria es también renovado en su totalidad, no permaneciendo en el mismo ni siquiera los antiguos concejales derechistas que en él había. La nueva composición es similar a la de la Diputación: dirigentes del carlismo (de *Hermandad Alavesa*, para ser exactos) y un buen número de antiguos miembros de Unión Patriótica y de elementos indefinidos dentro de su conocido y probado derechismo. El elemento diferenciador entre el nuevo personal de la Diputación y del municipio vitoriano radica en que en la corporación provincial abundan los viejos personajes de significada trayectoria política, mientras en el Ayuntamiento son en su mayoría elementos nuevos, más independientes —dentro de su derechismo— y más orientados hacia una función más claramente administrativa o de gestión que política. Esta diferencia irá reduciéndose con nuevos nombramientos en la Diputación que harán a ésta perder su carácter marcadamente político y ganar en contenido administrativo o técnico.

En resumen, el elemento político y gestor que ahora va a ocupar las instituciones públicas alavesas representa a un sector caracterizado por su conservadurismo, sin una adscripción clara a un grupo o partido concreto de este espectro social. En todos los casos se observará la presencia de notables figuras del carlismo que irá menguando conforme se reduzca el peso de los tradicionalistas en la vida local. En ningún caso, y este es un hecho notable, se recurrirá en este momento inicial a elementos procedentes de la CEDA o de Renovación Española.

Con éstos y otros nombramientos se irá reestructurando el aparato de poder institucional en Alava, a la espera de que la aparición del nuevo partido único (FET y de las JONS), y la actuación de estructuras estatales en la España *nacional*, generalicen para el resto de la zona bajo su control lo que de hecho se estaba haciendo ya en esta provincia: reorganizar el Nuevo Estado nacional bajo la perspectiva doctrinal de los vencedores de la guerra.

## **Dificultades en la vida social**

El que los rebeldes controlaran la España agraria mientras que los núcleos más poblados e industrializados quedaran del lado republicano, ha creado la imagen de una zona sublevada sin excesivos problemas para el avituallamiento de productos agropecuarios a sus ciudades. Este estereotipo sirve para marcar la diferencia entre ambas zonas pero, como tal estereotipo, es una imagen deformada de la realidad. Vitoria tuvo problemas, serios problemas de abastecimiento, desde el primer día de la guerra, que continuarían hasta la posguerra. Problemas de abastecimiento que no se limitaron a los productos agropecuarios y que, unidos a la caída de la demanda, afectaron seriamente a la incipiente industria local.



En efecto, la situación del frente al norte de la provincia supone el primer problema de suministro para la ciudad. De esta región se traían productos característicos de la zona holohúmeda, algunos de ellos básicos en la dieta alimenticia, como es el caso de la leche, los huevos y la carne, que escasean en la ciudad desde el primer día.

Pero la falta de productos agropecuarios no se limita a aquellos que procedían del otro lado del frente. La incorporación a filas como voluntarios o forzosos de muchos jóvenes de la provincia, el colapso en el transporte que supone el uso de vehículos para el traslado de tropa hasta los frentes y el aprovisionamiento de éstas, trae como consecuencia que productos como la patata o las hortalizas escaseen también.

El asegurar el suministro suficiente a la ciudad de estos productos es la tarea más importante del Ayuntamiento en los primeros días de julio y agosto. Para ello organiza un servicio de transporte que asegure el abastecimiento de los productos del entorno, y hace gestiones con otras provincias de la zona liberada para sustituir los procedentes del norte. Esto, unido a la confiscación de varios convoyes de bacalao, ganado, etc., con destino a Bilbao y Barcelona y detenidos en Miranda, palía, que no soluciona, el problema en cierta medida. Toda la situación mejoraría con el avance de las tropas de Beorlegui por Guipúzcoa, pero la escasez de oferta y el mercado negro volverían a agudizarla a partir de la caída de Bilbao.

Las dificultades de suministro afectan también gravemente a la industria local. El carbón, producto de consumo industrial y doméstico, escasea desde el principio ya que tanto el asturiano como el inglés se traían directamente vía Bilbao. También falta el hierro y otros metales, cuya ausencia se mitiga con un control riguroso de la chatarra. La metalurgia local (Ajuria, S.A. y Aranzábal), sin embargo, se ve favorecida por la coyuntura de guerra. La escasez de oferta en la zona rebelde de productos de la industria mecánica y el crecimiento de la demanda del ejército llevan, especialmente a la factoría Ajuria, a especializar sus talleres en la producción de material de guerra y camiones.

Esta coyuntura favorable no se dará en la industria local del mueble. Una doble tenaza, la caída vertical de la demanda y el corte del suministro de madera que se importaba de Suecia y Finlandia, llevará a este sector a una aguda crisis con el cierre de numerosos talleres. Sólomente en enero de 1937 intentará la recuperación en base a la demanda de la burocracia del nuevo Estado. La mano de obra arrojada al paro por estas crisis no podrá ni con mucho ser absorbida por la metalurgia ni por los sucesivos llamamientos de caja, por lo que crecerá la población desocupada.

## **La represión**

La circunstancia de ser Alava una sociedad poco conflictiva antes de la guerra y el que durante la contienda se desarrollen sólo unos pocos hechos de armas de importancia en la provincia, dan como resultado unos niveles de represión muy reducidos, si se considera o compara con las sangrías de otros lugares. Entre ciento cincuenta y doscientas personas mueren violentamente por las represalias efectuadas

por quienes desde un principio dominan la situación en Alava, sin considerar en estas cifras lo ocurrido en el reducido espacio que queda fuera del control de éstos.

La represión encontrará su expresión más dramática en estas muertes, pero en paralelo se produce también otra violencia: cierres de locales de partidos y sindicatos opuestos, o al menos, no implicados directamente en la revuelta, detenciones numerosas, destituciones de cargos y empleos públicos, expedientes y multas. Esta violencia va a llegar a todos los sectores políticos. Sin embargo, son los grupos de la izquierda y los republicanos progresistas el blanco de las represalias. Así, son asesinados, entre otros, el alcalde de Vitoria, Teodoro González de Zárate, y el presidente de la Diputación, Teodoro Olarte, ambos republicanos, los concejales socialistas Primitivo Herrero y Francisco Díaz de Arcaya, o el conocido médico anarquista, Isaac Puente. Pero la violencia alcanza también, en menor medida, a partidos que se mostraron ambiguos con el movimiento alzado (PNV), e incluso, a los que de modo claro expresaron a última hora su apoyo (republicanos radicales de Lerroux). También personajes de estos partidos son detenidos, sus locales cerrados, depurados sus socios, y hasta fusilado alguno de ellos.

La represión sigue un camino ascendente. Empieza inmediatamente después del 19 de julio con cierres de locales y detención de elementos señalados de partidos no adictos, tratando de desarticular al contrario e impedir su respuesta, asustar a la población simpatizante de estos grupos y coaccionar, en el caso concreto de los nacionalistas, para que adopten posturas favorables a ellos. En paralelo, se destituyen los ayuntamientos dominados por el enemigo, así como la vieja Gestora provincial, para reordenar desde su perspectiva el aparato de poder local y provincial. Esto se hace para fines de julio o mediados de agosto. Todavía los asesinatos son excepción, como el aún discutido de algún miembro del comité de huelga o los fusilamientos «por rebelión (sic)», en consejo sumarísimo de varios paisanos en la madrugada del 13 de agosto, la primera y una de las pocas veces en que la prensa se hizo eco de estos hechos.

Ya desde primeros de agosto el gobernador civil trata de combatir la apatía de los vitorianos hacia los sublevados amenazando con aumentar las detenciones y restringir el todavía relajado régimen carcelario. A la vez, inicia una campaña de depuración del magisterio y del clero no adicto. Sin embargo, la represión tomará otro cariz con la llegada en misión propagandística del general Millán Astray. Con su visita se limitan las pocas licencias que tienen los presos, se producen violencias indiscriminadas, como en el pueblo de Maestu, y comienzan, coincidiendo con ello, los *paseos*.

Otro momento a partir del cual se acentúa la represión coincide con el bombardeo que sufre la capital a mediados de septiembre del 36. Este mes y el de octubre son dramáticos para la población no afecta. Sin embargo, coincidiendo con la ofensiva sobre Villarreal del ejército vasco (noviembre-diciembre), la situación se suaviza al ser sustituido el anterior delegado de orden público por el teniente coronel de la guardia civil, Mario Torres, que el 19 de julio había expresado su apoyo al orden republicano. Es éste precisamente el que impide que los derechistas cometan violencias contra los presos al conocerse en Vitoria el asalto a las cárceles bilbaínas en enero de 1937. A pesar de ésto, en marzo se reanuda el ciclo represivo,

aunque las *fuerzas vivas* de la ciudad siempre quisieran dejar clara su oposición a tales desmanes.

En cualquier caso, el ritmo de la contienda hace que Vitoria tenga un año después de comenzada ésta una cifra superior a los mil seiscientos presos (muchos de ellos, prisioneros de guerra), a los que hubo que albergar incluso en el convento de Carmelitas de la capital, y luego en el de los Padres Paúles de Murguía, al no ser suficiente la cárcel provincial. Entre los presos siguieron abundando los de ideología izquierdista, pero también fue notoria la presencia de muchos nacionalistas (Manuel Ibarrondo, dirigente local de este partido), de republicanos radicales que habían apoyado tímidamente el golpe militar (Luis Dorao, director de *La Libertad*), e incluso, de *católicos independientes* que durante la República podían haberse sentido cercanos al nacionalismo (Javier Elorza, concejal por la candidatura contrarrevolucionaria en 1931).

## **La actitud de los nacionalistas alaveses**

La posición que tomara el PNV ante la sublevación militar era determinante para el desarrollo de la guerra en el País Vasco, aunque, en Alava, la menor fuerza de este partido convirtiera este hecho en secundario. En cualquier caso, tiene su importancia para conocer las bases sobre las que se había constituido el nacionalismo en Alava, y su actitud ante un hecho decisivo como éste.

Lo que fuera a hacer el nacionalismo podía ser una incógnita antes de julio del 36. Son conocidas las reuniones conspirativas a las que acuden miembros de este partido, como la de San Sebastián en abril del 36 a la que asiste Monzón, y otras más. En Vizcaya y Guipúzcoa la lealtad al gobierno republicano se expresa inmediatamente al golpe, si bien ésta no se tradujo en entusiasmo defensivo. En Alava y Navarra esta actitud no se produce. En concreto, en Alava, la primera reacción de los dirigentes del PNV es de pasividad y de espera a las órdenes procedentes de sus órganos superiores. La causa esencial de esta actitud radica en la debilidad de convicciones nacionalistas entre sus componentes alaveses, la prioridad del elemento conservador a la hora de establecer su adhesión política, y la reciente implantación de este partido —el nacionalismo alavés se organiza realmente sólo a partir de 1930— que le hace depender permanentemente de las decisiones de los vizcaínos, por lo que su capacidad para tomar una determinación clara no existe.

Estas circunstancias eran conocidas por los nuevos rectores de la vida local, en particular por los carlistas, que intentarán inmediatamente ganar a los nacionalistas alaveses para su causa por medio de alguna proclamación pública en ese sentido. La primera declaración del PNV, a instancias y por presión de los carlistas, se conoce el 22 de julio en una nota firmada por el Consejo Regional del Partido donde con una terminología confusa se invita a no oponerse a la nueva autoridad militar y, por tanto, no colaborar al éxito de la huelga general en curso. La nota era distinta a la que suscribe el comité navarro donde taxativamente se pide el apoyo a los sublevados.

La presión carlista y el *dejarse hacer* de los directivos nacionalistas da lugar a otro pronunciamiento conocido en la prensa el 31 de julio en el que la pasividad se torna en apoyo al movimiento militar y donde se cierra con un sonoro ¡Viva España! que ha hecho dudar de la libertad de acción que sus firmantes, Landáburu e Ibarrondo, tuvieron en su redacción. Todavía el 3 de agosto, estos dos dirigentes nacionalistas hacen llegar una carta a Aguirre, ésta escrita con total libertad, donde proponen a éste que la acción del PNV en Vizcaya y Guipúzcoa se limite a la defensa de edificios y personas, sin enfrentarse a los sublevados, a la espera de que a la entrada de éstos fueran respetados por su actitud.

Si este episodio de la dirección nacionalista es relativamente conocido, lo es menos el de las numerosas defecciones públicas que miembros alaveses de este partido hicieron entre julio y el fin de año de 1936. En las mismas, algunas de elementos notables, se recuerda su españolismo y defensa de la religión, y se asegura desconocer que su afiliación nacionalista supusiese ir contra España o estar a favor del *rojo-separatismo*, como habían hecho sus compañeros vizcaínos y guipuzcoanos. En estas defecciones hay que considerar el elemento de coacción por parte de los sublevados que ofrecieron a los nacionalistas el perdón a cambio del arrepentimiento público. Pero también hay una realidad ya antes constatada: el nacionalismo alavés no puede comparar su asentamiento con el del resto de provincias; el grueso de sus afiliados más recientes —la mayoría de las deserciones aseguran haberse dado de alta durante la República— está en el PNV más por su defensa de los valores derechistas (religión, propiedad, orden,...) que por lo que éste haga de las reivindicaciones nacionalistas vascas. Incluso, las buenas relaciones con los carlistas o con los *católicos independientes*, hacen que en ocasiones no quede demasiado patente el límite entre unos y otros.

Por todo ésto, la actitud ante los nacionalistas alaveses es diferente según se trate de carlistas o de falangistas y militares. A pesar de sus contundentes ataques, para los primeros se trata de elementos susceptibles de ser recuperados para su causa; para los segundos, el nacionalismo es un enemigo a combatir, llegando en su animadversión a no distinguir entre este pensamiento político y elementos característicos del pueblo vasco (lengua, cultura,...). Frente al nacionalismo alavés, conociendo su ambigüedad e indecisión, y valorando la importancia que su ejemplo pudiera tener para vizcaínos y guipuzcoanos, se ensaya primero una fórmula de invitación al cambio de postura combinada con la coacción, que no represión. Pasados unos meses, y visto que la posición en las dos provincias costeras no va a cambiar, el nacionalismo alavés también sufrirá, aunque en menor medida, el rigor de la represión.

En cuando a la posición de la Iglesia, importante al radicar en Vitoria la sede del obispado para las tres provincias vascas, dividía sus efectivos entre un sacerdotado de declaradas simpatías tradicionalistas, y un sector joven, influyente en el Seminario vitoriano, inclinado hacia el nacionalismo. Dentro de esta dualidad se mueve el obispo de Vitoria, Mateo Múgica, cuya firma se buscará, junto a la de Olaechea, obispo de Pamplona, en una pastoral donde se pronuncia la jerarquía eclesiástica vasca en favor de los alzados, y reclamando un cambio de postura de los nacionalistas vizcaínos y guipuzcoanos. La difícil posición de Múgica acabará

por hacerle abandonar la provincia, por presión de los sublevados, en octubre de 1936, aprovechando la salida a Roma para asistir a un Congreso Internacional del Clero Misional.

## La pugna carlista por el poder

El 29 de julio de 1936 se ofician en la Catedral los funerales por el cabo Sotero Badiola, primer muerto en acción de guerra entre los rebeldes alaveses. Existía la conciencia de que la guerra iba a prolongarse todavía, pero pronto se tomaría Madrid. En este ambiente exaltado comienzan los sublevados a poner en marcha su proyecto político.

El 7 de agosto, reunida la Diputación en su primera sesión ordinaria, acuerda, como primeras medidas, reponer los crucifijos en todos los locales públicos de la provincia —especialmente en las escuelas— y que «la vieja y gloriosa bandera rojo y gualda» ondee en todos los edificios dependientes de esta institución. Sobre la reivindicación conservadora de la reposición de crucifijos se produce un consenso general, pero el tema de la bandera había sido causa de fricciones entre los carlistas y Mola antes del 18 de julio y todavía los mandos militares no se habían definido al respecto (lo harán el 28 de agosto). Para los carlistas, la bandera monárquica sintetizaba su proyecto político. Estos, que como hemos dicho, quedaron en una posición subordinada a los militares desde el primer día, tratan de forzar la aceptación oficial de la bandera bicolor, para lo que cuentan con el apoyo de los demás políticos locales. Será la única vez durante la guerra en que, aprovechando la exaltación del momento, una opción política use la presión de la calle —indirecta y subliminal, ciertamente— para sus fines. Así se dan casos a mediados de agosto de manifestaciones ante el Ayuntamiento y el Seminario exigiendo la bandera bicolor.

Mientras tanto, a lo largo de agosto y septiembre, el gobernador civil visitaba los pueblos de la provincia en minuciosa tarea de recomponer los ayuntamientos de acuerdo con la nueva situación. Todos los concejales sospechosos de simpatías republicanas son sustituidos por otros adeptos a los rebeldes. El carlismo, que contaba con una buena estructura en la provincia y hombres suficientes, ocupa buena parte de estos cargos. La guerra se prolongaba y había que poner en marcha un aparato administrativo suficiente que hiciera frente a las necesidades de la retaguardia. En Alava, sólo los carlistas eran capaces de realizar esta operación. Por su parte, los militares tenían que atender cada vez más a las necesidades de cuadros de mando en los frentes. Todo ello condujo a un pacto tácito entre militares y carlistas por el que los segundos ocuparían la administración provincial a través de la Diputación y ciertos ayuntamientos, con una mayor permisividad para sus actividades políticas —antes habían intentado alguna reunión partidista que fue inmediatamente prohibida por las autoridades militares—, mientras que los primeros seguirían controlando la situación directamente desde el gobierno civil y, en última instancia, desde el gobierno militar. Así, el 28 de agosto de 1936, el coronel Fernández Ichaso cede la presidencia de la Diputación al viejo carlista Echave-Sustaeta, ya que se había demostrado que ésta no necesitaba del «control de un militar», en palabras del

coronel, que continuaría como gobernador civil hasta agosto de 1937 en que pasaría al gobierno militar de Santander.

En septiembre de 1936 se da en Vitoria una fuerte actividad institucional y organizativa. A fines de agosto se ha constituido la Junta Central de Guerra dentro de la Diputación con sus distintas secciones y comisiones que organizan el abastecimiento, los suministros al frente, los servicios sanitarios, la información y propaganda, etc. Estas instituciones están en buena medida en manos del tradicionalismo. Se trata de hacer frente a una guerra prolongada que los días 17, 18 y 21 de septiembre se hace sentir directamente en la capital al ser bombardeada ésta por la aviación republicana procedente de Bilbao. Los republicanos tratan de dañar la retaguardia rebelde para así frenar la fuerte ofensiva que sobre Guipúzcoa están lanzando las columnas navarras en esos días y en la que participa desde el día 20 una columna que parte de Vitoria a las órdenes de Alonso Vega, avanzando por el puerto de Arlabán hacia Mondragón. El bombardeo afecta a los cuarteles, la industria de guerra (Ajuria), los depósitos de combustible y munición, y otros objetivos militares. Los medios empleados son muy modestos —cinco trimotores en el bombardeo más intenso— y apenas si son dañados los objetivos de la operación. Hay nueve soldados muertos y un civil. Como se ve, nada que ver, ni en sus dimensiones ni en sus objetivos, con el modo en que los sublevados utilizarán la aviación durante la ofensiva sobre Vizcaya.

Ante el hecho de una guerra prolongada, en Burgos se plantea la necesidad de unificar el mando militar y político y configurar progresivamente una estructura de Estado. Expresión de este momento será la designación de Franco como «jefe del gobierno del Estado Español» y la constitución de la Junta Técnica del Estado, el 29 de septiembre y 2 de octubre, respectivamente. El nombramiento de Franco produce en Vitoria distintas reacciones. El alcalde de la ciudad, Santaolalla, y otros independientes, acogen con agrado la decisión. Algo similar puede decirse de la Falange local que en Vitoria la forman un grupo de jóvenes exaltados, —si bien comienza a controlar algún resorte de poder como es la información—. Sin embargo, el tradicionalismo, que ve alejarse con esta designación su proyecto monárquico, lo acoge con recelo. Apenas si se le dedica espacio a esta noticia en su periódico, *Pensamiento Alavés*.

Simultáneamente a estos movimientos, el carlismo a nivel nacional inicia una ofensiva para hacer valer su proyecto político y atraerse nuevas capas de población. La iniciativa se concreta en dos proyectos: la Obra Nacional Corporativa, en la que se agruparían todos los sectores de la producción del país, y la Academia Militar Carlista. La vida política en Alava viene marcada por esa ofensiva, al menos hasta diciembre de 1936. El tradicionalismo alavés se encuentra bien situado en las instituciones para dinamizar dicho lanzamiento, mientras que los militares no interfirieran, como hasta ahora, en su labor. Comienzan por revitalizar sus propias asociaciones y otras afines de carácter gremial para lanzar finalmente la Organización Nacional Corporativa con el apoyo de los sindicatos católicos. Esta organización corporativa, puesta a funcionar en Vitoria en febrero del 37, cuando las cosas habían cambiado para los carlistas, nunca alcanzará una presencia en la provincia acorde con la influencia política que en ella tenía el tradicionalismo. Sin embargo, la fuerte

campaña de prensa sobre su forma de entender la sociedad llega a calar realmente en la nueva clase política de la provincia a la que resulta más cómoda esta fórmula que los ambiciosos proyectos del falangismo.

En diciembre de 1936, Fal Conde es expulsado a Portugal tras impedir los militares su proyecto de Academia Militar Carlista, que es considerado como un acto de rebelión. Las cosas en Alava comenzarán a ponerse difíciles para el carlismo y la figura de Franco empezará a ser cotidiana en su prensa (a lo que se habían resistido hasta entonces). Mientras tanto, a lo largo de octubre, las fuerzas franquistas mejoran sus posiciones en el frente norte de la provincia en torno al pueblo de Villarreal, con operaciones desde Salinas de Léniz y el propio pueblo, tomando las localidades de Cestafe y Elosu y la cima de Isusquiza.

### **La ofensiva de Villarreal**

El lunes 30 de noviembre de 1936, y en días sucesivos, los vitorianos escuchan un fuerte cañoneo en el sector de Villarreal, distante apenas 13 kms. de la capital. La actividad, según se percibía, es mucho más intensa que habitualmente, y los rumores corren por la ciudad. El 2 de diciembre los periódicos se hacen eco por vez primera de lo que ocurre. En la mañana, la ciudad ha sido bombardeada por aviones procedentes de Bilbao que han descargado sobre la Estación del Vasconavarro y el cuartel de caballería. El gobernador trata de atajar los rumores asegurando que Vitoria no corre ningún «peligro».

Sin embargo, desde el día 30, el sector de Villarreal sufre una dura ofensiva lanzada por el ejército vasco —nominalmente, XIV Cuerpo de Ejército— que amenaza seriamente con rebasar aquella posición y llegar a la ciudad. La ofensiva consistía, según el plan inicial, en tres líneas de avance desde Santander y Vizcaya que convergerían en Miranda de Ebro. El objetivo era doble: descongestionar el frente de Madrid, y apoderarse del nudo de comunicaciones rebelde sito en Miranda, estableciendo así las condiciones para un avance que uniera las dos zonas republicanas. En lo que toca al frente vizcaíno, la operación trataba de alcanzar Vitoria rebasando el frente por Murguía y Villarreal. Los atacantes se enfrentan al reto con una fuerza compuesta por veintinueve batallones; los rebeldes sólo cuentan con 4.500 hombres repartidos en el frente alavés (638 de ellos, establecidos en Villarreal).

El ataque se inicia el día 30 sobre un frente que va de Murua a Escoriaza. El objeto esencial es tomar Villarreal para avanzar hacia Vitoria; el secundario, cortar la carretera de Salinas de Léniz tomando Isusquiza y el puerto de Arlabán para impedir operaciones de apoyo desde Guipúzcoa. En poco tiempo se desborda Villarreal por dos flancos quedando cercado el pueblo.

Sin embargo, la operación es descubierta antes de iniciarse por los aviones de reconocimiento con base en Burgos, que advierten que el ataque a Villarreal no es una operación de distracción. Rápidamente se organiza la contraofensiva con la columna de Alonso Vega traída desde Guipúzcoa y con fuerzas marroquíes de reserva. La aviación bombardea intensamente la retaguardia del ejército vasco en Ochandiano y Ubidea. El 2 de diciembre las fuerzas de los sublevados consiguen

levantar el cerco a Villarreal, y el día 6 frenan otra ofensiva intentada desde Murguía. Aunque las operaciones continúan todo el mes de diciembre y parte de enero del 37, incluso con algún ataque aéreo sobre Vitoria, la ofensiva no consigue prosperar. Los objetivos de los republicanos se han frustrado. Las pérdidas humanas y materiales no justifican la pequeña rectificación de la divisoria de frente que como única recompensa han obtenido.

Las causas de aquel fracaso habrá que buscarlas principalmente en la escasa articulación del ejército vasco y la falta de experiencia y formación de sus escasos mandos intermedios frente a la eficacia militar demostrada por los sublevados. A esto han de añadirse las desavenencias políticas que imposibilitan el avance sobre Murguía, la superioridad aérea del bando rebelde, la red viaria que impide un avance rápido, etc. Para los sublevados, Villarreal se convierte a nivel local en otro símbolo como el Alcázar toledano, con sus héroes, sus mártires y su gesta.

## Conflictos en la retaguardia

Tras la salida de Fal Conde de España, que se oculta rigurosamente a las bases carlistas, el tradicionalismo pierde decididamente el favor de los militares. Ello, unido a una serie de incidentes y al apoyo prestado desde Salamanca a los falangistas, hará entrar en franco declive al carlismo, y en nuestro caso particular, al carlismo alavés.

Entre enero y marzo de 1937 se prodigan en la capital los enfrentamientos entre carlistas y falangistas por temas como el control de la información en prensa y radio, la actitud encontrada ante elementos de la cultura vasca y sus tradiciones, etc. En este pulso, la Falange confirma su control del periódico *La Libertad*, ahora llamado *Norte*, y de la emisora Radio Vitoria. Mientras, los militares intervendrán directamente en la política local para respaldar a éstos restando fuerza a los carlistas. La preocupación del tradicionalismo alavés es grande ya que incluso están viendo perder el apoyo social con que antes habían contado. Así, los industriales del mueble, afectados por la crisis, se reúnen para relanzar el sector en enero del 37, y acuerdan dirigirse al gobernador civil y a la Delegación de Trabajo, ignorando así a la Diputación controlada por los carlistas. De sus gestiones obtendrán la vaga promesa de adquisición de su producción por la nueva administración que se va creando.

Ante el deterioro de la vida política que suponen estos enfrentamientos internos que se vienen produciendo en toda la zona rebelde y ponen en peligro el esfuerzo de guerra, se plantea la necesidad de unificar a los grupos que apoyan el bando sublevado, y que básicamente son la Comunión Tradicionalista y Falange Española. Las fórmulas posibles son diferentes, pero la que tiene más peso es la que Franco acariciaba ya en octubre del 36 de crear un partido único bajo su dirección. Esto, para el carlismo representado por Fal Conde, suponía un ataque a su programa. Pero el carlismo navarro, más pragmático, acepta la posibilidad como inevitable. El falangismo, por su parte, piensa en la absorción del viejo tradicionalismo en favor de un nuevo autoritarismo como había ocurrido en Italia.



En Alava, José M.<sup>a</sup> de Oriol, miembro de la influyente familia carlista, en un discurso pronunciado en enero de 1937, se apuntaba a la fórmula de la unificación bajo el mandato de Franco. Pero no todas las posturas del carlismo alavés serán tan partidarias de esta vía, y así, las juventudes del partido, influenciadas por su jefe nacional, José M.<sup>a</sup> Zaldívar, se muestran reacias a esta opción. En general, los carlistas tratan de aproximarse a los falangistas, conscientes de su clara superioridad en la provincia, mientras que aquéllos buscan la diferenciación con ataques agresivos. El Decreto de Unificación promulgado por Franco el 19 de abril de 1937, en plena ofensiva contra Vizcaya, cortará drásticamente toda posible especulación al respecto.

Mientras tanto, los militares han estado preparando la ofensiva sobre Vizcaya a lo largo de todo febrero, realizando una importante labor de intendencia con acopio de combustible, metales, repuesto de automóviles, etc., y acondicionando el aeropuerto de Zalburúa (luego llamado «General Mola»). El 27 de marzo Mola y Kindelán visitan Vitoria para dar las últimas instrucciones y preparar las operaciones sobre el terreno. Una de éstas fue, según algunos testimonios, la eliminación física de significados republicanos con el indudable «propósito militar» de impactar a los vizcaínos. El 30 de enero, Teodoro González de Zárate, alcalde de Vitoria antes del 18 de julio, y otros presos más, eran conducidos hasta el puerto de Azáceta donde son fusilados de madrugada. A partir de primeros de abril, el Estado Mayor del Ejército del Norte se desplazará a Vitoria desde donde dirigirá las operaciones sobre Vizcaya.

## **Decreto de Unificación al nuevo Estado**

La situación dentro del bando rebelde se precipita a partir del Decreto de Unificación y la creación del nuevo partido único, FET y de la JONS.

La reacción en Vitoria, donde se asiste en ese momento a un claro enfrentamiento, es inicialmente de cierto estupor. Los contactos se habían mantenido entre los notables de las formaciones sin ningún género de publicidad, y la noticia de la unificación produce, cuanto menos, sorpresa. Sólo el 23 de abril, cinco días después del discurso de Franco, se celebra con «indescriptible júbilo» una manifestación «espontánea» frente al Ayuntamiento, presidida por todas las autoridades de la provincia.

A pesar del Decreto, las cosas siguen en Vitoria más o menos igual que antes para falangistas y carlistas: cada grupo continúa con sus actividades, sus sedes diferentes, etc. El primero de mayo se nombra Delegado de FET en Alava a Eustaquio Echave-Sustaeta, presidente de la Junta de Guerra Carlista y de la Diputación provincial. Esta jefatura para un carlista en el nuevo partido será una de las ocho que correspondieron a este grupo en el reparto hecho en Salamanca. A partir de este momento, los tradicionalistas hablan de «Decreto providencial y trascendentalísimo», refiriéndose al de Unificación. Como secretario —siguiendo los pactos de Salamanca— es nombrado un falangista casi desconocido, antiguo *jonsiano*, que probablemente no resultaba incómodo para el carlismo. Al jefe provincial de Falange,

Angel Aldecoa, se le envía como secretario de FET en Vizcaya bajo otra delegación carlista (José M.<sup>a</sup> de Oriol).

Desde este instante, el carlismo pragmático —en la línea del conde de Rodezno— gracias a su fuerte implantación en la provincia, va ocupando las distintas instancias de FET. Los falangistas tratan de resistirse, con poco éxito. Se inicia así la vuelta del carlismo alavés al escenario político con el peso que tuvieron a finales de 1936.

Por otra parte, las operaciones militares que simultáneamente se producen sobre Vizcaya dan como resultado la ocupación del norte de la provincia a mediados de junio, y la posterior toma de Bilbao el 19 de ese mes. El 21 de octubre, con la caída de Gijón, desaparecerá definitivamente el frente norte.

Con la guerra lejos de Alava, y ésta debidamente «pacificada» en un doble sentido, anulación del enemigo por la guerra y la represión, y neutralización de cualquier brote de disidencia interna, se emprende decididamente la labor de ir configurando el *Nuevo Estado* sobre bases que anuncian lo que luego va a conocerse como *franquismo*. Elemento esencial del nuevo orden va a ser la figura de un Caudillo como personificación de la *nación* que se autoafirma a través de la guerra, y expresión del *Estado total*. Franco, impuesto desde arriba y contestado en Alava en un primer momento, pasa a ser, no sólo incuestionable, sino la única referencia que en adelante legitimará cualquier instancia de poder local. Su poder efectivo aumentará también con la muerte de Mola, ocurrida el 3 de junio de 1937, que había mantenido importantes influencias en la provincia desde los primeros días de julio.

Otro soporte de este singular fascismo va a ser el partido único de FET y de las JONS. A diferencia de sus homónimos italiano y alemán, la FET nunca será un partido de masas. Tampoco lo será en Alava a pesar del apoyo popular con que contaba originariamente el carlismo en la provincia. Este, a pesar de una cierta revitalización tras la unificación, entrará en un progresivo proceso de desarticulación interna. La nueva FET alavesa va a ser construída desde la Delegación provincial con elementos muy diversos de la vida local en la que van a ser numerosos, lógicamente, los cuadros procedentes del carlismo y su entorno, pero no como opción política diferenciada. Del tradicionalismo heredará, sin embargo, su fuerte integrista religioso y una cierta concepción paternalista de las relaciones sociales. Sobre estas bases, y con el soporte institucional del Ejército y de la Iglesia, comienza a definirse lo que va a ser la dictadura más larga de la historia reciente de este país y que tan hondas repercusiones va a tener en la vida pública y privada de sus habitantes.

## Bibliografía

Incluimos a continuación una relación bibliográfica que hace referencia al período de la Guerra Civil en Alava. Sin ser una relación altamente selectiva, tampoco hemos pretendido la exhaustividad. Consideramos, eso sí, a ésta como la bibliografía mínima a la hora de acercarse al estudio de aquellos años en Alava.

Recogemos en ella tres tipos de obras: libros de memorias y testimonios, obras generales sobre el período que hacen referencia a Alava y, finalmente, trabajos propiamente referidos a la provincia durante la contienda.

A diferencia de lo que ocurre en las provincias vecinas, los libros de memorias son realmente escasos para Alava. Esa escasez puede ser paliada en cierta medida con la memorialística de Guipúzcoa, Vizcaya y, de modo especial, Navarra, que corrió una suerte similar a la alavesa.

Por lo que se refiere a las obras generales, siguiendo una vieja tradición en la historiografía contemporánea, apenas si se refieren al País Vasco interior, justamente la zona que en el momento de la asonada quedó en poder de los sublevados. En este sentido, si Navarra ha recibido un tratamiento escaso —salvo cierta pseudohistoria que pretende ver en ella la «nueva Covadonga», etc.—, el caso alavés es aún más evidente como territorio ignorado por la historiografía. Esta laguna en el conocimiento de nuestro pasado conduce, en no pocas ocasiones, a una visión parcial —si no sesgada— de la realidad de este país. Por nuestra parte, hemos recogido aquellas obras que, si bien marginalmente, hacen referencia a lo narrado en el estudio previo.

A paliar esa carencia vienen algunos trabajos que se llevan a cabo en estos últimos años —y que recogemos aquí—. A los importantes trabajos realizados ya sobre algunos aspectos del XIX y sobre el primer tercio de este siglo en Alava, se une una todavía incipiente historiografía sobre la guerra civil y el franquismo, partícipe de las nuevas preocupaciones de lo que Aróstegui ha llamado «historiografía del poscincuentenario».

AGUIRRE, José María, et al: *Historia General de la Guerra Civil en Euskadi*, Bilbao/San Sebastián, Haramburu-Naroki, 1979.

ARRARAS, Joaquín (dir.): *Historia de la Cruzada Española*, tomo III, Ediciones Españolas, 1939-1944. Madrid.

ASTILARRA: *Historia documental de la Guerra en Euzkadi*, México, Ed. Vasca.

BASALDUA, Pedro de: *En España sale el sol*, Buenos Aires.

BERTRAN GÜEL, Felipe: «En el norte de España: en Vitoria. En Navarra», en *Preparación y desarrollo de Alzamiento Nacional. Ensayo Histórico*, Valladolid, Librería Sanaré, 1939.

BLASCO OLAETXEA, Carlos: *Diálogos de guerra, Euskadi 1936*, s.l., 1984.

BURGO, Jaime del: *Cien años después. Recuerdos del Alzamiento Nacional*, Pamplona, 1952.

BURGO, Jaime del: *Conspiración y guerra civil*, Madrid, Alfaguara, 1970.

CHIAPUSO, Manuel: *El gobierno vasco y los anarquistas. Bilbao en guerra*, S. Sebastián, Txertoa, 1978.

ECHEVERRIA, Tomás: *Cómo se preparó el Alzamiento. El General Mola y los carlistas*, Madrid, 1985.

ENCISO, Emilio: *Villarreal. Su cerco y defensa*, Vitoria, Ed. Social Católica, 1937.

FUSI, Juan Pablo: «El País Vasco durante la guerra», en *La Guerra de España*, Madrid, El País, 1986.

GARCIA ALBENIZ, Felipe: *Alava por Dios y por España*, Vitoria, 1936.

GARCIA DE CORTAZAR, Fernando, et al: *Historia de Alava*, tomo II, S. Sebastián, Txertoa, 1986.

GARCIA DE CORTAZAR, Fernando: «Mateo Múgica. La guerra en el País Vasco», *Letras de Deusto*, 35, Bilbao, Universidad de Deusto Mayo 1936

GARITAONANDIA, Carmelo, y GRANJA, José Luis de la: *50 años después. La guerra civil en el País Vasco. 50 años después*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1987.

IRIBARREN, José M.<sup>o</sup>: *Mola. Datos para una biografía y para la Historia del Alzamiento Nacional*, 1938.

ITURRALDE, Juan de: *El Pueblo Vasco frente a la cruzada franquista*, Toulouse, Egi Indarra, 1966.

LANDABURU, Fco. Javier de: *Obras Completas*, tomo IV, pp. 109-124, Bilbao, Idatz Ekintza, 1983.

LIZARZA IRIBARREN, Antonio: *Memorias de la conspiración, 1931-1936*, Pamplona, Gómez, 1969.

MAIZ, B. Félix: *Alzamiento en España. De un diario de la Conspiración*, Pamplona, 1952.

- MAIZ, B. Félix: *Mola, aquel hombre. Diario de la Conspiración*, Barcelona, Planeta, 1976.
- MARTINEZ BANDE, José Manuel: *Nueve meses de guerra en el Norte*, Madrid, San Martín, 1980.
- MUGICA, Mateo: *Bi idazki* (correspondencia con José Antonio Aguirre), París 1946.
- MUGICA, Mateo: *Imperativos de mi conciencia...* París, 1945.
- PABLO, Santiago de: «Represión y cambio político en Alava durante la guerra civil», en *Actas del I Coloquio Internacional sobre la Guerra Civil Española*, Granada (inédito), 1986.
- PABLO, Santiago de: *La Segunda República en Alava. Elecciones, partidos y vida política*, Vitoria, tesis doctoral (inédita), Universidad del País Vasco, 1987.
- PABLO, Santiago de: «“Pensamiento Alavés”. Un diario tradicionalista ante la guerra civil», en *Actas de las II Jornadas de Historia de la Prensa*, Bilbao (en prensa), 1988.
- PABLO, Santiago de: «El nacionalismo vasco en Alava en la coyuntura de la guerra civil», en *Actas del Congreso Historia y Memoria de la Guerra Civil*, Salamanca (en prensa), 1986.
- REDONDO, Luis, y ZABALA, Juan de: *El Requeté. La tradición no muere*, Barcelona, Ed. AHR, 1957.
- RIVERA, Antonio: «La implantación del nuevo Estado franquista en Alava», en C. Garitaonandía & J.L. de la Granja (eds.), *La Guerra Civil en el País Vasco. 50 años después*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1987 pp. 315-327.
- RIVERA, Antonio: «La recomposición del poder local franquista en una ciudad de provincias: Vitoria», en *Actas del I Coloquio Internacional sobre la Guerra Civil Española*, Granada (inédito), 1986.
- RIVERA, Antonio: «Un arma para la guerra (*La Libertad y Norte 1936-1939*)», *Actas de las II Jornadas de Historia de la Prensa*, Bilbao (en prensa), 1988.
- RIVERA, Antonio: «El origen de los poderes locales en la España “nacional”: el caso alavés», *Kultura* (Vitoria), n.º 12, Diputación Foral de Alava (en prensa), 1989.
- SAN MILLAN, V.: *Villarreal, defensa y contraataque glorioso*, Vitoria, 1965.
- UGARTE, Javier: «Represión como instrumento de acción política del “nuevo Estado”. Alava 1936/1939», Congreso de Historia de Euskal-Herria (II Congreso Mundial Vasco), San Sebastián, Txertoa, 1988, tomo VII, pp. 275-304.
- UGARTE, Javier: «Aproximación a una sociografía de los milicianos alaveses en el ejército de Franco», *Perspectiva Contemporánea*, Madrid, octubre 1988, vol. I, n.º 1, pp. 51-78.
- UGARTE, Javier: «Los milicianos alaveses en el ejército sublevado, 1936-1939», en *Actas del I Coloquio Internacional sobre la Guerra Civil Española*, Granada (inédito), 1986.
- VV.AA.: La campaña del Norte (abril-octubre 1937), tomo 12 de La Guerra Civil, *Historia 16*, 1984.
- YBARRA, Javier de: *Mi diario de la guerra de España 1936-39*, Bilbao, 1941.